

La invención de una vida

Ernesto Kavi

En su último curso en el Collège de France, Roland Barthes imagina un autor perverso que escribe sus obras sólo para tener el derecho, un día, de escribir su autobiografía. Al momento de redactar esas líneas, Barthes ignora que ese autor existe, y que lleva por nombre György Faludy. Pero ignora algo más: que Faludy escribió su autobiografía y que, al terminarla, se esforzó para que su vida se pareciera a ella, hasta el punto de confundirlas, hasta el punto de no saber si vivió para escribir ese libro, o si ese libro lo escribió a él. Al leer *Días felices en el infierno* asistimos a la invención de un personaje literario que se esfuerza por ser un hombre de carne y hueso.

Al leer *Días felices en el infierno* es imposible no preguntarse si la frontera, delicada para la memoria humana, entre la verdad y la ficción, no se ha violado innumerables veces. En su momento, muchos le reprocharon a Faludy la invención de los episodios que describe. No podía ser verdad que hubiese vivido en el desierto de Marruecos, separado de toda costumbre occidental, vestido como un príncipe árabe, olvidando su lengua materna, y en compañía de un hermoso joven de nombre Amar con quien recorre las prolongadas dunas, y con quien conoce, a lo largo de sus viajes, comerciantes, bandidos, mercenarios, y mujeres de una belleza semejante a la de los sueños; no podía ser verdad que una noche, en un café de Casablanca, hubiese recitado historias y poemas durante largas horas, y que la muchedumbre de los cafés vecinos, de los mercados, de las plazas, se hubiese instalado a su alrededor para escucharlo, cada vez más numerosa, como si fuese un antiguo juglar, como si de sus relatos dependiera el curso del mundo; no podía ser verdad que, años antes, cuando aún era muy joven, hubiese decidido abandonar Hungría para instalarse en París, pues su único deseo era ser poeta, y pensaba que sólo en esa ciudad podría lograrlo, y que durante su estancia ahí conociera y frecuentara a grandes escritores y, más tarde,

Sabemos que la vida y la literatura pueden confundirse hasta volverse una sola materia fabulosa. Sabemos que la existencia de cualquier hombre, por más humilde que sea, es siempre el territorio de la sorpresa.

cuando las tropas alemanas invadían Francia y Pétain pactaba con los nazis, hubiese tenido que recorrer todo el país, huyendo, a veces en automóvil, pero casi siempre a pie, rumbo al sur, con su mujer y sus amigos, para embarcarse hacia cualquier destino, lejos de la guerra; no podía ser verdad que cuando Europa se sumergía cada vez más en su propia destrucción, cuando la hambruna lo invadía todo, cuando los combates eran cada día más cruentos, hubiese recibido, en el desierto del Norte de África, una carta firmada por el presidente Roosevelt para invitarlo a refugiarse en Estados Unidos; no podía ser verdad que en Nueva York hubiese trabajado como periodista, y que

hubiese decidido romper con su vida apacible para alistarse en el ejército estadounidense, para luego combatir en la guerra del Pacífico, sólo para defender las ideas de libertad y democracia que enarbolaba su país de acogida; no podía ser verdad que, al terminar la guerra, hubiese decidido sin razón alguna volver a Hungría, un país desgarrado entre dos totalitarismos, un país sin futuro, o sólo con un futuro sombrío, como él mismo lo comprobaría después; no podía ser verdad que, poco tiempo después de instalarse en Budapest, y siendo ya un escritor reconocido en toda Europa, un poeta cuyos versos miles de personas conocían de memoria, hubiese sido arrestado, y luego interrogado durante largos días, bajo tortura, y le hicieran firmar un documento donde admitía ser culpable de actos que nunca había realizado, un documento cuyas acusaciones parecían nacer de la mente de un escritor delirante y perverso; no podía ser verdad que en el campo de concentración al que lo enviaron, en Recsk, donde el alimento escaseaba, donde la gente era obligada a trabajar sin descanso, donde hombres en apariencia robustos y fuertes caían muertos de agotamiento y la esperanza de vida se reducía a cero, donde sus compañeros de condena le pedían palabras de aliento, aunque no fuesen ciertas, no podía ser que ahí,



en ese campo, durante las noches, hombres de toda condición se reunían en torno a Faludy para conversar de literatura, o de filosofía antigua, o de música, o de cualquier otro tipo de arte, pues todos creían fervientemente que el hombre, cuando deja de hablar de cosas bellas, muere. No. No podía ser verdad. Faludy mentía. La vida nunca es así. La vida es árida, pobre, repetitiva. Nunca entrega sus tesoros. Nunca prodiga maravillas.

Para nosotros esos reproches carecen de importancia. Sabemos que la vida y la literatura pueden confundirse hasta volverse una sola materia fabulosa. Sabemos que la existencia de cualquier hombre, por más humilde que sea, es siempre el territorio de la sorpresa. Pero sobre todo sabemos, gracias a Proust, que la vida verdadera, la vida por fin descubierta e iluminada, la única vida en consecuencia realmente vivida, es la literatura. Y, sin embargo, al terminar de leer *Días felices en el infierno*, sabemos que nada de eso importa. Que no importa la prosa ágil y espléndida del libro; no importan sus innumerables historias, terribles, absurdas, divertidas, luminosas; no importan las largas reflexiones sobre política que, en algunos momentos, se convierten en tratados sobre la libertad; no importa que sea un testimonio sobre los campos de concentración instalados bajo el comunismo, sobre la miseria y la crueldad de la vida penitenciaria, sobre la forma en que un sistema político, bajo el pretexto del bien común, destruye al individuo. Nada de eso importa. Sabemos que el valor del libro radica en otra parte.

Cuando Faludy se entera de que su liberación es inminente, y que pronto estará lejos del campo de concentración, reflexiona: «Aquí, en la soledad de las celdas, habíamos aprendido a pensar, nuestro conocimiento de la naturaleza humana se había expandido, nuestros sentidos se habían afinado. Todos creíamos habernos vuelto más inteligentes, más sensibles, más honestos que antes, mientras que afuera encontraríamos una sociedad que había corrompido e insensibilizado a sus miembros». Pienso que el lector, cuando sus ojos se posen en esas líneas casi finales, comprenderá el verdadero peso del libro; comprenderá que la situación de Faludy, en ese momento, no es tan alejada de la suya; que él también, como György Faludy, ha expandido su conocimiento de la naturaleza humana; que, tras la lectura, sus sentidos se han afinado; que se ha vuelto más honesto y, quizá también, más sensible; pero de igual forma se dará cuenta de la corrupción y de la insensibilidad que lo rodean, y en las que él también, con seguridad, estará inmerso. Y sentirá vergüenza. Vergüenza de que un hombre prefiera estar encerrado en un campo de concentración, donde los horrores son cotidianos y la vida se desgarran en jirones, que estar libre entre nosotros, verdugos más crueles que los suyos, jueces más inclementes, torturadores más violentos. Vergüenza de haberse acostumbrado al mal, al odio, a la vileza, a la infamia. Vergüenza de no sentir compasión por sí mismo, ni por los otros. Comprenderá que Faludy, en medio del horror, conservó el equilibrio moral y afectivo gracias a la amistad verdadera con otros hombres, gracias a las largas discusiones nocturnas que mantenía con ellos, y a la convicción de que ciertas palabras, ciertas conversaciones, curan el alma. Pero también comprenderá, al finalizar la lectura, que él participó de esas amistades y de esas conversaciones; que comparte, como todos sus



Días felices en el infierno

György Faludy

Traducción de Alfonso Martínez Galilea
Pepitas de calabaza & Fulgencio Pimentel
2014 • 624 páginas

Lee un adelanto:



ow.ly/SA7PB

amigos presos, la convicción de que es posible hallar nobleza y dignidad en uno mismo, a pesar de que las circunstancias nos obliguen a despojarnos de ellas; y que las palabras sencillas, a veces banales, como aquellas que componen el libro que sujeta con sus manos, son lo que sostiene a los seres humanos cuando se hunden en la desdicha, y que recordarlas, asirse a ellas como a un bien inestimable, es lo único que nos permite no caer demasiado profundo, no lastimarnos de forma irremediable y, tal vez, aun, curarnos un poco las heridas del alma. 🍷



LEER

es mi
DEPORTE FAVORITO

www.elsotano.com



ProArte

LIBRERÍAS
EL SÓTANO
SERVICIO AL PIE DE LA LETRA

También estamos
en línea y hacemos
envíos a todo
el mundo.

PROFÉTICA
CASA DE LA LECTURA

profetica.com.mx

f Profética Casa de la Lectura i profeticacasadelalectura t @CasaDeLaLectura t casadelalectura